

## Discurso de agradecimiento\*

*Juan Bautista Ferro*

*Universidad Nacional Mayor de San Marcos*

Amigas y amigos:

En este para mí tan excepcional momento en que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos tiene a bien dispensarme el honor de incorporarme a su seno como Profesor Emérito, debo empezar expresando mi agradecimiento más profundo a esta ilustre casa de estudios, con la que estoy ligado casi cincuenta años como alumno, graduado y docente, por la altísima dignidad académica con que su máxima autoridad acaba de investirme.

Mi reconocimiento también por las más que generosas expresiones que ha tenido para mi persona y labor docente la doctora María Luisa Rivara de Tuesta, Presidenta de la Sociedad Peruana de Filosofía, cercanísima amiga y destacada docente sanmarquina, cuyas elogiosas palabras me comprometen y tocan en lo más hondo.

He sido profesor de filosofía y también de lógica por un buen cuarto de siglo. Mucho me atrajo la lógica, por todo lo que había que hacer en ese campo, pero también he tenido que hacer con la filosofía, con esta forma de saber tan peculiar que empieza por hacerse problema

---

\* Discurso pronunciado en la ceremonia de su nombramiento como Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el 19 de agosto de 1986. Partes de este discurso han sido ya publicadas en dos ocasiones, como queda consignado en la *Nota bibliográfica* de nuestra sección *Documentos*. Ofrecemos aquí la versión completa del discurso.

de sí misma<sup>1</sup> y que se enfrenta con singularísimas cuestiones que la razón ha de encarar irremisiblemente cada vez que se decide a aceptar su destino.

Más que un repertorio de soluciones o de edificantes preceptos, la filosofía o, mejor, el filosofar, es un cuestionar incesante al que no satisface la inocencia de las cosas que se dan en la vida de todos los días. Para el pensar filosófico, la realidad, que incluye nuestro ser y existencia, se nos contrapone como algo cuestionable que exige y demanda de manera perentoria una respuesta, se nos hace, como descubrieron los griegos, *pro-blema*. Lo que parecía lo más normal del mundo se hace a-normal, lo ordinario extraordinario, fuera de lo ordinario. Por eso el cuestionar filosófico, apreciado según los cánones de la visión común y corriente, es a-normal y extra-ordinario en su cuestionar, es, en suma, si nos atenemos a las prescripciones de la Real Academia, *un desvarío*.

Esta nada común actitud, tan alejada de la habitual y cotidiana, ha quedado inmortalizada en un pasaje del *Teeteto* (174a y ss.). Allí Platón nos narra el caso de la sirvienta tracia que, viendo caer a Tales en un pozo mientras elevaba su mirada a la bóveda celeste, se burló del milesio diciendo que pretendía conocer las cosas del cielo mientras que se le ocultaban aquellas que tenía ante sus pies y ante sus manos. Y agrega Platón inmediatamente que la misma burla se aplica ἐπὶ πάντας ὅσοι ἐν φιλοσοφίᾳ διάγουσι, a todos aquellos que se pasan la vida en la filosofía.

Heidegger, comentando este pasaje, nos dice que la filosofía es aquel pensar con el cual nada se puede hacer y del cual las criadas necesariamente tienen que reírse. No es que Heidegger sostenga que la filosofía sea inútil. Lo que quiere darnos a entender es que en la dimensión en que se mueve el cuestionar filosófico, el preguntar por su “utilidad” es un sinsentido absoluto: en el ámbito de las cosas como tales, éstas son en el modo del “servir para...”, del “ser útil para...”, pero este modo del ente no es el del preguntar y tendrá que ser dilucidado por el preguntar filosófico que busca justamente lo que funda ese modo de ser del ente.

No es el caso tampoco que el pensador alemán quiera mostrar

---

<sup>1</sup> ζητούμενη ἐπιστήμη (“la ciencia que busca”): Aristóteles, en: Zubiri, Xavier, *Naturaleza, Historia y Dios*. Buenos Aires: Poblet, 1948, p. 126.

el poco aprecio que guarda por la inteligencia de las criadas. Su propósito es más bien subrayar enfáticamente que lo más propio de la filosofía es inalcanzable mientras nos mantengamos en la dimensión de lo cotidiano y que para llegar a ello es indispensable una drástica reorientación del mirar, que no es cosa de mayor o menor inteligencia, sino que supone una conversión radical, un vuelco total en el modo del existir.

El cuestionar filosófico es un esfuerzo cuyo destino es tender incansablemente hacia un objetivo que jamás podrá alcanzar. Es un esfuerzo que en el curso de la historia vuelve una y otra vez a su punto de partida: en filosofía no hay progreso. Ni hace falta que lo haya, porque, como enseñaba Heidegger en Marburgo, “no existe progreso sino en el dominio de lo que, al final de cuentas, no concierne en nada a la existencia humana. La filosofía no se desarrolla progresando y consiste, por el contrario, en el esfuerzo por desplegar e iluminar el mismo pequeño número de problemas; la filosofía es la lucha autónoma, libre, fundamental de la existencia humana con la oscuridad que no cesa en todo momento de desencadenarse sobre ella. Y toda iluminación no hace sino abrir abismos nuevos. Así, si la filosofía se detiene o declina, no es porque haya interrumpido su avance sino porque ha perdido su centro. Por eso toda renovación no es sino un volver en sí, hacia sí, de retorno al mismo punto”.

Esta vuelta al origen se da, y no puede ser de otro modo, encuadrada dentro de contextos histórico-culturales determinados. Un griego del siglo de Pericles la habrá de efectuar dentro del lenguaje y del horizonte peculiares de esa época, como tendrá que hacerlo también a su manera un hombre de la alta Edad Media o un europeo del Siglo de las Luces. La historia de la filosofía tendrá que instalarse por ello en la coyuntura intelectual de los tiempos que estudia y sacar a la luz los conceptos, términos y maneras de atacar, en esa coyuntura, el mismo pequeño número de problemas que constituyen el tema de la filosofía.

Es preciso, sin embargo, señalar que la historia de la filosofía no puede ni debe limitarse a ser una mera descripción, o traducción si se quiere, de esos otros lenguajes al lenguaje del presente. No le incumbe el tener que repetir hoy lo que decía Descartes, por ejemplo, en términos asequibles a un desprevenido lector del presente día, ni menos atreverse a críticas intemporales que tendrían que caer en el vicio de un insufrible y errado anacronismo. De lo que se trata, más

bien, es de comprender el cómo y por qué un pensador ha pensado de ese o aquel modo, se trata, digo, de poner en claro el sentido de concretas aproximaciones a los ineludibles interrogantes filosóficos y de su compulsiva necesidad histórica.

No interesa una historia de la filosofía que se nos presente como un simple catálogo o enciclopedia de las filosofías que han sido: es menester que ella sea la vía a través de la cual pueda llegarse al desocultamiento de lo que, originariamente, pone en movimiento al cuestionar que es la filosofía.

Siempre he estado de lado de los que piensan que la enseñanza de la filosofía debería encaminarse hacia la comprensión de los problemas capitales que se nos presentan en los grandes clásicos de la filosofía, contra aquella otra tendencia que sostiene que lo correcto no es enseñar filosofía sino enseñar a filosofar, interpretando —según me parece—, de manera discutible la conocidísima frase kantiana. A este aprender a filosofar sin filosofía ya Hegel lo calificaba a principios del siglo pasado “infortunado prurito” y “manía moderna” de enseñar a filosofar sin contenidos.

Quien entienda debidamente el sistema hegeliano y su idea medular comprenderá fácilmente por qué es inimaginable para el pensador alemán que el enseñar a filosofar pueda consistir en enseñar a pensar por sí mismo, vagar por aquí y por allá en el vacío, en palabras del propio Hegel. Pero no es necesario ser un hegeliano para darse cuenta de ello. Pensar a partir de nada sino del nudo entendimiento no pasa de ser un piadoso deseo que nada tiene que ver con la realidad misma del pensar, pues todo pensar se origina y crece en un *humus* nutricio compuesto de ideas, conceptos y lenguajes que las más de las veces inexplicitamente condicionan desde la profundidad ese pensar que se estima ingenuamente del todo libre y soberano.

*No hay pensar que no se halle históricamente condicionado.* No hay pensar que lo sea realmente que no empiece por tratar de esclarescerse a sí mismo, liberando esos factores y móviles soterrados que no son sino su propia historia. Hacia esta su historia debe retroceder el pensar antes de lanzarse raudo hacia adelante, sólo que ese retroceder habrá de ser un apropiarse y, al mismo tiempo, en sentido muy especial, un deshacerse del pasado filosófico, si es que quiere cumplir genuinamente su hora y su destino

Todo lo que vengo diciendo no pretende ser, ni mucho menos,

algún bosquejo de doctrina filosófica que haya deseado dar a conocer en este acto, ni aspira a ser una última palabra. Es apenas la exposición escueta, tal vez abrupta y sin duda insuficiente, de una razón mayor que me empujó a enseñar filosofía como la he enseñado, a través del comentario y análisis, no siempre de los mejores, de grandes textos filosóficos. Aunque debería decir más exactamente: *me empujó a enseñar, a aprender-a-sentir en su inmediatez el cuestionar filosófico perennizado en la magna obra que nos han legado los grandes pensadores de Occidente*. Heidegger lo ha dicho muy claramente en la Introducción a su curso de 1927 sobre Kant y la *Crítica de la razón pura*: “Debemos comprender los problemas capitales de su trabajo filosófico y eso quiere decir aprender a filosofar”.

No se es maestro porque se tenga más y mejores conocimientos debidamente almacenados y clasificados. Si fuera eso, mejor sería echar mano a una de esas computadoras que pululan ya por el mundo donde, en este siglo de la “comunicación”, amenazan con desplazar toda comunicación que no sea la de puros datos cuantificables. Para mí, al menos, enseña de verdad a filosofar quien enseña a evitar las superficialidades y a poner al descubierto los pre-juicios y pre-conceptos que acechan y tienen que acechar al quehacer filosófico, pero no para sustituirlos por los que el que se dice maestro ofrece solícito y presuroso, sino para que el estudiante aprenda a aprender a construir su propia y personalísima trocha a través de esa maleza, de esa espesura ocultante que envuelve sin resquicios, muda e indiferente, a la razón humana.

Creo por eso, y no me refiero aquí a saberes instrumentales, que en su más alto nivel *enseñar es desquiciar, sacar del quicio*, acabar con seguridades que no lo son tanto. La universidad, y no la confundamos con las escuelas técnicas y profesionales, debe fomentar un auténtico e incesante quebrantar, desquiciar, desenmascarar cualquier sistema y doctrina, abriendo y despejando espacios nuevos para el pensar. No es casual que en los mejores momentos de su historia, la cátedra universitaria haya sido el latente enemigo del estancamiento y estabillismo intelectuales y el refugio de todo el que apuntara hacia el futuro. El riesgo está en que olvide el sentido mismo del desquiciamiento y la universidad se transforme en la abanderada incondicional y fanática de algún sistema o doctrina, con lo que estaría negando su propia esencia.

*Lo que enseñé lo enseñé con entusiasmo, con total fervor y entrega absoluta, con la más clara conciencia de mis limitaciones, y sólo de*

*ello tengo derecho a jactarme.*

Ha sido y será siempre para mí motivo de íntima satisfacción el afecto y reconocimiento que los estudiantes me han sabido dispensar durante el curso de mi carrera docente, así como el respeto y afabilidad que he merecido siempre de mis colegas, especialmente de mis colegas del Departamento de Filosofía, a los que quiero agradecer en esta oportunidad por haber propuesto, con unanimidad que me enaltece, mi nombramiento como Profesor Emérito.

Vaya también mi agradecimiento al doctor Washington Delgado, Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, y al Consejo de esa Facultad por haber hecho suya dicha propuesta; al Consejo Universitario, presidido por el entonces rector doctor Antonio Cornejo Polar, que finalmente lo aprobara también por unanimidad; y al doctor Ernesto Melgar, rector de San Marcos, cuyo decidido apoyo ha hecho posible la celebración de esta ceremonia, que se ha dignado resaltar con su presencia. Cumpló también con agradecer a los señores rectores y autoridades de otras universidades que con su asistencia han querido distinguir este acto académico.

No puedo tampoco dejar de manifestar mi reconocimiento a todos vosotros, familiares, colegas, compañeros de Facultad, compañeros de colegio, antiguos alumnos y amigos de tantos años, que habéis querido acompañarme para compartir conmigo esta hora de regocijo, porque segurísimo estoy de que es también el vuestro.

Permitidme unas palabras finales. He sido orgullosamente sanmarquino, y no he dejado ni dejaré jamás de serlo, desde 1937, año en que un grupo de animosos muchachos, muchos de los cuales se hallan presentes en este histórico recinto, empezamos a hacernos hombres bajo la sombra protectora de esta casa sanmarquina. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes. Nadie ignora los difíciles momentos por los que atraviesa nuestra *alma mater*, víctima de enemigos embozados que pérfidamente parecerían solazarse en su constante y al parecer inevitable deterioro.

No soy yo el llamado ni ésta la ocasión para hablar de soluciones. Pero me tomo la libertad de creer que éstas no se hallarán sólo en la busca de más dinero, de mejor administración u otras cuestiones secundarias. Y que sólo encontraremos el camino hacia la salida en un honesto y sostenido esfuerzo para revivir el viejo espíritu sanmarquino de independencia, firmeza y osadía que en sus mejores horas

hizo de San Marcos la corporación académica más prestigiosa de América.

Nada se podrá lograr mientras medren intereses ajenos a los fines esenciales de la universidad y no se morigeren ambiciones de poder que socavan y arruinan lo que ese espíritu pudo y puede aún lograr si es que sobrevive. Estoy convencido de que todos vosotros, vinculados en una u otra forma a esta antigua, noble y hoy vilipendiada casa de estudios, habréis de acompañarme en el voto de esperanza que expreso, pleno de unción y profundo sentimiento, cuando su futuro parece tornarse incierto y sombrío: ¡Que viva, crezca y florezca San Marcos!